

Europeos en el Totonacapan

Enrique Hugo García Valencia

Los indígenas del Caribe y del Golfo de México fueron algunos de los primeros testigos del arribo de los europeos a América. Con igual estupor y asombro buscaron mecanismos para insertarse unos y otros en mundos de representaciones e ideas ya consolidadas en ambos hemisferios por antiguas y venerables tradiciones. De igual manera emplearían estilos literarios y artísticos para expresar lo inefable, lo totalmente extraño de unos y otros.

Las nuevas tierras fueron distribuidas como parte del botín de los conquistadores, promovándose el asentamiento de clérigos, gañanes, encomenderos, en las otras comarcas indígenas, modificándose de manera importante el contorno natural y social de estas regiones. Los españoles quedaron en control de las nuevas tierras conquistadas, de los oficios y los puestos de gobierno. La clerecía y el comercio eran mucho más ecuménicos, sin faltar criptojudíos, no españoles y judíos conversos entre los primeros y protestantes entre los segundos.

Mientras mucha de la población europea asentada en México a lo largo de varias generaciones se mezclaba con indígenas, negros y otros europeos, conformando el mestizaje mexicano, otros grupos de europeos continuamente renovaban a los anteriores, dando la impresión de una presencia europea ininterrumpida y claramente distinguible. Los mecanismos de reclutamiento incluían relaciones previas como las de parientes que se traían a otros miembros de la familia a “hacer la América” (cadenas migratorias), nuevas alianzas, sobre todo matrimoniales, por las cuales algunos europeos procuraban que algunos de sus vástagos, especialmente hijas, se casaran con europeos. Nuevas empresas por las cuales se fusionaban firmas comerciales que reclutaban representantes y personal europeo en no pocos casos. La clerecía fue fuente incesante de reclutamiento de personal hasta fechas recientes. A esto se añadían aventureros, fugitivos, mercenarios y todo tipo de gente, alguna que otra desorientada, que terminaba en América.

De todo esto hay varias evidencias para el Totonacapan que incluyen los nombres de los clérigos que han administrado espiritualmente esta región. Los nombres de los encomenderos y oficiales españoles que la administraron durante siglos, además de registros múltiples en archivos parroquiales y otras fuentes de La Colonia. Incluso sabemos de un núcleo de judíos congregados en Pánuco en épocas muy cercanas al descubrimiento de América.

A raíz de la Independencia de México, se formaron compañías encargadas de reclutar migrantes en diferentes países europeos y negociar las condiciones de su asentamiento en este país.

Obviamente, en México, los migrantes no españoles se veían sometidos a condiciones extremadamente duras, sin el recurso de una red social preexistente que los recibiera como sucedía en el caso de muchos españoles. Es suficiente con leer el reporte de las sucesivas migraciones francesas a Alvarado para darse una idea de las condiciones en que eran reclutados y a los lugares a donde llegaban. Pero más que nada las ideas falsas con que eran incitados a venirse a poblar América. Las selvas tropicales del Golfo eran pintadas como paraísos europeos en donde se daban todo tipo de frutos como manzanas, duraznos, uvas, se cosechaba el trigo, el arroz. Estas compañías incluso contrataban especialistas, como en el caso de las compañías francesas quienes contaban entre sus miembros al Abad Baradére, un clérigo especializado en historia antigua de México y coleccionista de antigüedades.

No era sólo lo que esperaban encontrar en América la única motivación que tenían estos migrantes. En muchos casos un elemento importante para tomar tal determinación lo ha de haber constituido el escapar de las condiciones sociales imperantes en Europa. Guerras continuas, crisis económicas sucesivas seguidas de hambrunas y enfermedades, persecución religiosa y política, desempleo, además del deseo simple y vulgar de amasar riquezas y de obtener un nombre y posición.

Espanoles, italianos, franceses

De las migraciones sucedidas a partir de mediados del siglo XIX al Totonacapan tenemos todavía descendientes de tales pioneros, quienes conservan memoria de las gestas vividas por sus antecesores. Estos nos presentan un cuadro vívido, aunque borroso, del arribo de sus ancestros, de las transformaciones que han tenido sus vidas a lo largo de casi dos siglos, y de los conflictos de identidad que los acompañan. Tres tipos de migrantes sobresalen en estas épocas tanto por su cantidad, como por su permanencia como un grupo identificable. Los españoles, los italianos y los franceses⁴. Pero ninguno de ellos podría entenderse al margen de los grandes acontecimientos que propiciaron su migración: La conquista y la colonia en el primer caso, cuando se formaron las cadenas migratorias de españoles, responsables de la forma y estructura de las migraciones ulteriores de este grupo, y el desarrollo del capitalismo y la apertura del libre comercio

1 Todos ellos han recibido la atención de diversos investigadores: Winfield, 1969, Skerrit, 1995, Zilli, 1981), por mencionar sólo algunos. El caso de los españoles en México ha ameritado incluso seminarios, publicaciones y múltiples reflexiones.



y navegación en el segundo y terceros. Debido a la brevedad de este ensayo solo trataré el caso de españoles e italianos asentados en las proximidades de lo que actualmente se podría entender el totonacapan, de una manera reducida, o más bien las inmediaciones de Papantla, sin mayores pretensiones.

Algunos descendientes de italianos de Gutiérrez Zamora, Veracruz, sitúan la primera migración a México hacia 1857 y una tercera más hacia 1880. Esto corresponde con investigaciones históricas. En efecto, según Zilli, “los colonos llegaron en barco, hasta la barra de Tecolutla. Se establecieron en Texquitipan, cerca de Agua Dulce, municipio de Papantla. El clima del trópico y el paludismo hicieron estragos en el grupo, que se quedó en el olvido más completo, incomunicados y sin amparo... Para 1862 la mayoría de los que sobreviven se han establecido en El Cristo, congregación situada cerca de Tecolutla” (Zilli, 1981: 26) Esta colonia permaneció olvidada durante mucho tiempo “Nadie sabía que unos cuantos hombres habían perseverado en el empeño y que la primera colonia italiana estaba todavía allí a pesar del olvido” (Zilli, 1981: 27).

Según recuerdos de los hijos de los sobrevivientes de tales pioneros, en la primera migración salieron miembros de la familia Montini y, de la familia Gaya en la tercera migración, Los Montini provenían del sur de Génova de la región de Liguria, y los Gaya eran provenientes de un pueblo llamado Pióvera, de la provincia de Alessandria, en la región del Piemonte, al norte de Italia. Esto concuerda con los datos de Zilli quien asegura que los primeros migrantes eran genoveses (Ibíd. 16).

Lombardía y el Piemonte fueron desde principios del siglo XIX un foco de rebelión que precedió al Resurgimiento italiano y a la unificación del país a partir de 1861. Aunque estos acontecimientos afectaron principalmente al primer conjunto de migrantes italianos, los miembros de la segunda y tercera migraciones han de haber sufrido sus consecuencias.

Por otro lado, reportes aislados existentes nos dan una visión aunque sencilla de los lugares a donde llegaron estos migrantes. Por ejemplo, en 1830 se hizo un informe de diferentes partes del Golfo de México que incluían Veracruz, Antón Lizardo, Paso Real, Alvarado, Tampico, Santander, Soto la Marina, fechado el 23 de mayo de ese mismo año. La descripción de Tampico, la ciudad más importante cercana al Totonacapan, después de Veracruz, es como sigue:

“Tampico

Después de posesión de los dominios de América, no hay un plano exacto de este río y su puerto sin duda por no haberse considerado de utilidad. El Puerto de Veracruz hera (sic) el único por donde se hacían las comunicaciones con lo interior de Méjico, hasta que en estos últimos tiempos la necesidad obligó a valer de esta vía para dirigirse por ella a Méjico y demás ciudades. Sin embargo de esto no conozco ningún plano levantado en esta última época solo un mal croquis o sea bosquejo es el único que con la descripción de el puede dar una idea de este río.

El río de Tampico (según el derrotero de las Antillas pp. 467-468) demora desde Cabo Rojo al vi. 39' a distancia 43 millas. Este río es bastante caudaloso, de buen fondo para cualquier embarcación que cala menos de 36 bra-

zas, en su barra se encuentra más o menos agua según las crecientes del río. Como unas 9 millas de la Vega del río más arriba hay un canalizo en la orilla del sur que va a dar a la Laguna de Tampico desde Pueblo Viejo, con tres islas en ellas, y al principio se halla el Pueblo Viejo, y el de Tampico como al SSO de la barra distante 5 millas. Al NO del canalizo chico hay otro por el cual se va al Pueblo de Altamira y 10 leguas río arriba por el de Tampico esta el de Pánuco; y en todas tres poblaciones se encuentran víveres en toda especie.

Las [ilegible] noticias sobre este río y territorio nada añaden, solo se dice que Pánuco dista de la barra de Tampico 24 leguas, del país y que su territorio comprende el pueblo de indios nombrado Presidio de Tanjuco, y 21 ranchos en la última desgraciada expedición hecha en aquel río se podrían haber adquirido más noticias y tal vez levantado algún plano que pueda suministrar más conocimientos” (Biblioteca Británica, 1830: 66).

Aparentemente este reporte se basa en otro previo, que podría muy bien ser el que emitiera el ingeniero civil Vecelli para proceder al dragado del río Pánuco en algún tiempo a partir de 1827. También recuerda esta descripción a la que hiciera el Capitán Lyon en su viaje de Tampico a Real del Monte y de Bolaños (Lyon, 1828), la de Beaufoy (Beaufoy, 1828) y la de Beltrami (Beltrami, 1830), viajeros todos que arribaron a México a través de este puerto.

La región era poco conocida en comparación con las zonas mineras del centro y norte de México afamadas en todo el mundo por sus riquezas, pero adquirió cierta notoriedad a principios del siglo XIX por la posibilidad, advertida por algunos ingenieros, de transportar mercancías del altiplano por esclusas en el río Pánuco, hasta el puerto de Tampico recientemente habilitado.

Los inmigrantes españoles, por muy extraña que pareciera la región, encontraban en ésta un nicho social constituido por los inmigrantes que les habían antecedido, lo cual no implicaba necesariamente una vida holgada, al menos al principio. Por ejemplo Jesús de la Sierra recuerda que “El tío Adolfo era muy negrero. Mi papá trabajó con él y la primera paga fue un par de zapatos uno de un número y otro de otro. Tal vez se le quedaron y eso le dio”. Sea como fuere los españoles tenían una gran movilidad social en el sentido de que podían trasladarse de un lugar otro en busca de empleo, contando siempre con los buenos oficios de conocidos, paisanos o parientes². Los italianos, sobre todo los primeros migrantes no contaban con tales ventajas.

Migrantes italianos en Gutiérrez Zamora

La migración italiana a México no fue tan importante como la que hubo a Canadá, los Estados Unidos, Argentina, Brasil., Venezuela, Uruguay (Rosoli, 2201).

Rosoli hace una distinción entre los migrantes urbanos y rurales, para afirmar que probablemente la estabilidad y el éxito económico de los migrantes rurales se deban a su proliferación demográfica. Aparentemente el comportamiento demográfico de las familias italianas en México y en Italia no ha de haber sido muy diferente al comportamiento demográfico de las familias indígenas en cuanto a natalidad. Existen reportes de familias españolas e italianas con diez hijos, lo cual no sería extraño entre familias indígenas. También existen recuerdos vagos y aislados

² La familia de la Sierra es un buen ejemplo, como veremos posteriormente, de ramificaciones regionales familiares, y de una familia con posesiones también en España.

de índices no muy elevados de mortalidad infantil, una vez que se estableciera la colonia. Los primeros migrantes, sin embargo, sufrieron los embates de un clima inclemente, de enfermedades tropicales y de especies animales ponzoñosas desconocidas. A pesar de tales adversidades parecen haber logrado sobrevivir exitosamente muchos de sus vástagos.

Un segundo punto se refiere a los cambios generacionales sufridos por los descendientes de los migrantes. La primera generación se encuentra en un territorio extranjero en donde, al pasar el tiempo y en contacto con población diversa, ningún grupo inmigrante puede conservar sus caracteres de pureza. “En la primera generación se mantienen bastante fuertes las relaciones de endogamia, aunque sólo sea en el estrecho ámbito provincial o regional, como lo muestran algunas investigaciones en Norte y Sudamérica”. En la segunda generación se establecen relaciones de matrimonios con personas de grupos con afinidad cultural y religiosa. En estos momentos se vuelve importante el factor de la “ascendencia”. A estas alturas no se puede distinguir a los italianos como un grupo étnico separado de la población local. “Con la tercera generación en especie, la ascendencia se ve no como un dato «nacional» *sensu stricto*, sino como un término válido de referencia del individuo y no como un factor de integración del grupo por sí” (Gianfausto Rosoli*)

Con toda certeza los italianos modernos de Gutiérrez Zamora, Veracruz, han pasado por todas esas etapas, y por más, habida cuenta de que la primera generación de migrantes llegó en 1857, habiendo transcurrido unos 144 años desde entonces, lo que equivale a poco más de cuatro generaciones y son testimonio viviente de cierto éxito demográfico, cuyas características particulares todavía están por investigarse.

Algunos testimonios actuales nos hacen ver, aunque sea difusamente, el desarrollo de tales sentimientos de identidad y tales etapas de adaptación. Por ejemplo, Olga Edda Gaia Capellini, descendiente directo de tales migrantes dice que:

“Nosotros vamos a Estados Unidos, a Italia no, por que somos 100% mexicanos. Aquí nadie tiene interés. Algunos fueron porque iban a un mundial de futbol. No iban a visitar a sus familiares al pueblo de su mamá o de su papá. Yo siempre he preguntado por que nadie regresó allá. Cuando tienes una raíz la extrañas, y de alguna manera quieres regresar. Nosotros tenemos primos y sobrinos allá que viven en Milán de las hijas de una de las hermanas de mi abuelo. No nos carteamos. La última vez que vinieron fue en las olimpiadas del 68 y nunca más. Yo siempre he hablado de la solidaridad. Los judíos se ayudan entre si, se dan la mano, Los españoles van y traen a sus sobrinos, primos, Los italianos no se ayudan, ni les interesa como está el vecino italiano, el paisano. Si se casaban entre italianos. Aquí nadie ha ido a Italia por un italiano o por una italiana. No hay el orgullo de los ancestros. Yo me siento muy orgullosa de ser hija de italianos, pero no me muero por ir a Italia”.

Tales preguntas y evocaciones describen precisamente un episodio pasado, por el cual sí se casaban italianos con italianos, y los acontecimientos actuales por los cuales el individuo se siente orgulloso de ser descendiente de italianos, pero tal reconocimiento no es fuente necesaria de cohesión de grupo.

El estudio de alguna genealogía nos permitirá ver esto con más detalle. Según la misma informante los Gaya venían de Pióvera de la provincia de Alessandria, región del Piamonte y los Montini del sur de Génova de la región de Liguria. El bisabuelo, Doménico Gaia, vino con sus dos hijos, Guiseppe y Doménico, de 8 y 6 años. Eran Gaia y lo cambiaron al llegar a Mexico por Gaya que responde mejor a la pronunciación italiana. Guiseppe y Doménico se casaron con dos hermanas: Isabel y Elisa Montini. El abuelo tuvo diez hijos de los cuales tres hijos Gaya se casaron con tres Capellini, de ahí viene la familia Gaya Capellini. Su mamá es Capellini Gaya y se casó con un descendiente de italianos por los dos lados. “Ya no se siguió la misma tradición. Ahora se casan con españoles, mexicanos, franceses”. Olga Edda afirma, y sus demás parientes presentes en la conversación están de acuerdo, en que ésta es la última generación 100% de sangre italiana.

Según los informantes arriba mencionados, los primeros migrantes italianos llegaron a México en 1857:

“Eran unos aventureros. Había una situación de crisis económica, estaban en guerra con los austriacos. La primera migración fue de 1857, se pidieron colonos a Italia después de buscar franceses, españoles, como éstos no eran muy bien vistos, y dijeron ¡los italianos! Se firmó un acuerdo con el gobierno de Italia en que se especificaba que querían agricultores. La corrupción era increíble. La gente que los contrataba en Italia no les advertía que venían a labrar el campo, por lo que trajeron pintores, ebanistas, panaderos. No sabían qué hacer con la tierra. Les dijeron que les iban a dar unas tierras muy fértiles y los mandaron a un páramo. Fue espantoso. Pudieron sobrevivir gracias a que el pueblo mexicano fue y siempre ha sido muy acogedor. La población les ofrecía comida, medicinas. Al llegar a Veracruz los recibió el pueblo y les ofrecieron comida y dinero. A cargo de cada colonia había un director de colonia, quien se quedaba con parte del dinero y todos los apoyos oficiales que luego se los vendían. La mayoría de las colonias fracasaron. La de aquí fue una colonia que triunfó gracias a un gran esfuerzo.

La gente que formó esta colonia llegó originalmente a Tenixtepec y luego se pasaron al Cristo, hasta que las enfermedades hicieron que se movieran a este pueblo que se llamaba Cabezas, un pueblo indígena totonaco. Hubo una relación de colaboración entre los migrantes y la población nativa. Se intercalaban los predios de tal manera que uno era para los colonos y el siguiente para los indígenas”³.

Migrantes españoles

Los arribos de españoles responden a múltiples historias diferentes, puesto que no llegaron a formar colonias, sino a integrarse a comunidades ya existentes con varios siglos de antelación, de tal manera que desde el siglo XVI ha habido un flujo constante de españoles procedentes de la mayoría de las provincias de aquel país. No es este el momento de investigar los efectos de la expulsión de españoles durante la Independencia, pero ciertamente tal medida de ninguna manera redujo el flujo de inmigrantes. Por ejemplo Jesús de la Sierra narra de la siguiente manera los incentivos y arribo de su tío Adolfo:

“El tío se casó en Papantla. Eran regiones muy ricas, tabaco, vainilla, muchos otros productos, además buscaban o

³ Ver también Chagoya, 1999.

añoraban el sur de España. Tenían intereses en Papantla. Un indiano jalaba a otro indiano. Algunos eran jovencitos y luego venían otras generaciones. Eran hombres que venían a hacer dinero.”

Tales relaciones suponen un flujo de información por el cual parientes informaban a otros parientes, todavía residentes en España, de las posibilidades de migrar o les enviaban una invitación en que la posibilidad de hacer fortuna era un atractivo importante. La Independencia y la expulsión de los peninsulares de México no fue impedimento para que continuara el flujo migratorio español. Por ejemplo, la familia de la Sierra se originó en la migración de Trifón y Rufino de la Sierra, dos hijos de Gregorio de la Sierra y Manuela Otero, originarios de Solórzano de la provincia de Santander. Rufino y Trifón se trajeron a los demás sobrinos, entre ellos Manuel y Adolfo⁴.

Rufino se casó en Papantla con Amparo Campos y su sobrino Adolfo se casó con una de sus hijas. Trifón se casó con doña Josefa Fernández Mangas, originaria de Teziutlán, hija de Luis Fernández Lorenca⁵. Tuvo a su vez ocho hijos: Trifón que casó con María Pérez, Gregorio que casó con Martha Castro, Mercedes casada con un señor Olivares, Rosa con un señor Durán, Josefa y Manuela solteras, Guadalupe religiosa, Luis quien casó con Beatriz Ramírez⁶.

Urbano que tal vez fuera el mayor de los hermanos, permaneció en España, del cual descendieron: Manuel de la Sierra Rugama, Adolfo de la Sierra Rugama, Los Ballesteros de la Sierra, Los Gómez de la Sierra, Los Blanco de la Sierra, Tuvo dos hijos: Manuel y Adolfo de la Sierra quien se casara con la hija de su tío Rufino. Adolfo fue dueño de una tienda en Papantla. Lucía, la hija única de Gregorio y Manuela tuvo a Antonio Garmilla de la Sierra, que se casó con una prima hermana y se estableció en Papantla.

Aunque Jesús de la Sierra y su hermana Lola no recuerdan fechas, a juzgar por el hecho de que los hombres se casaban cuando cumplían más o menos 30 años, se infiere que el bisabuelo llegó a México allá por 1857, o sea en las mismas fechas en que arribaron los primeros italianos a Gutiérrez Zamora, y como ellos, esta familia comparte similares características de adaptación y asimilación a la población nacional.

El padre de la señora Dolores de la Sierra y su hermano Jesús de la Sierra ya nació en México. Don Silverio Gómez, esposo de la señora Dolores de la Sierra era hijo de un emigrante llamado Antonio Gómez Gutiérrez originario de San Vicente de la Barquera. Los motivos de su migración fueron más bien correctivos, pues siendo muy joven salvó a unos pescadores y en agradecimiento éstos le obsequiaron un barco y su madre preocupada por lo que pudiera pasarle en el mar lo mandó a México.

Esta posibilidad sólo se podía dar en el supuesto de un grupo receptor que ya le había precedido. Las etapas de evolución en el comportamiento de los migrantes son similares a las de los italianos, aunque entre los españoles, por ser más numéricamente, es más notoria su proclividad a casarse con españoles, adoptando incluso medidas que podrían parecer extremas, por ejemplo: “Había un pariente que se casó con su cuñada, comadre y prima una vez que enviudó. Los padres decidieron por ella,

ella no quería casarse. Los españoles tienden a casarse con españoles o hijas de algún español.” Los casos de españoles casados con españoles parecen ser comunes, pero en realidad no hay forma, por lo pronto, de saber qué tan frecuentemente se dan. Es de creerse que en muchos casos antes y ahora, algunos inmigrantes también se casen con otras personas, ya sea indígenas, o no necesariamente de familias de migrantes.

Actividades económicas

Además de los procesos generacionales para adoptar una identidad nacional, españoles e italianos se inclinaron por giros similares comerciales: Agricultura de exportación y comercio. Ambos tuvieron acceso a propiedades de tierra. Los italianos con apoyo gubernamental, aunque mediado y manipulado por los intermediarios, y los españoles a través de sus redes sociales de parientes, conocidos y compatriotas.

Algunos sacaron provecho rápidamente de las leyes de desamortización de tal manera que: En la década de 1890

“En Papantla las tierras comunales ya se habían convertido en propiedad particular, pero cada condueñazgo tenía muchos dueños y los límites de propiedad no estaban fijados dentro de cada lote. Varios grupos dentro de los condueñazgos abogaron por un nuevo reparto, ahora en parcelas individuales. Los más adinerados de cada lote, incluyendo a los vainilleros, se aprovecharon de este proceso de parcelización para consolidar su posesión de la tierra. Por ejemplo, Adolfo de la Sierra, el tesorero de la junta de accionistas propietarios del lote número seis era dueño de 31 acciones o parcelas cuando se dividió el terreno” (Museo de la ciudad de Papantla).

Los italianos no se quedaron atrás. Chagoya nos dio las listas de propietarios de Gutiérrez Zamora entre los cuales se encuentran algunos italianos, sobresaliendo por la extensión de sus terrenos los siguientes: Pascual Montessoro con 2139 hectáreas, Juan Capellini con 2000 hectáreas y Lilia Gaya de Capellini con 1033 hectáreas, el resto de propietarios situados muy por debajo de estas extensiones (Zilli, 1981: 28-28. Chagoya, 1999: 105-106).

El café, el tabaco y la vainilla serían productos agrícolas en que centrarían muchos de sus esfuerzos, además de la ganadería, y fueron a su vez, de alguna manera, representantes de la modernización, un rol que les había adjudicado el gobierno mismo al propiciar su inmigración. En este sentido tal vez la migración italiana a México se distinga con mayor claridad de la de sus compatriotas migrantes a Argentina, en donde jugaron un papel crucial en el desarrollo del sindicalismo argentino. En México, tal rol tal vez haya sido jugado más bien por españoles anarquistas migrantes cuya influencia se haya dejado sentir tal vez desde fines del siglo XIX⁷.

Las comunidades italianas y españolas del Totonacapan han contribuido, sin embargo, con varias innovaciones técnicas. Por ejemplo nos dice Olga Edda

“Aquí los italianos se dedicaron a la agricultura de la vainilla. Los totonacos la cultivaban sin tecnología, mi bisabuelo al llegar aquí y ver ese oro negro lo mandaba a

⁴ Ver apéndice 2.

⁵ El señor Fernández Lorenca era escultor y todavía se encuentra en la Catedral de Teziutlán una imagen de San Pedro tallada por él, asimismo un Niño Dios en posesión de la familia de la Sierra Pérez.

⁶ Tienen un hijo de nombre Trifón, quien es un destacado médico y se casó con la concertista María Teresa Rodríguez.

⁷ En el Museo de la ciudad de Papantla hay una ficha en que se dice que el señor Curti, un italiano, era líder sindical de los trabajadores de la vainilla.

México, lo exportaban desde el siglo XIX a Europa. Él traía de Italia la idea del secado del gusano de seda a base de hornos caloríficos, fue el primero, Doménico Gaya que diseñó un horno para acelerar el proceso de maduración de la vainilla. Los totonacos lo hacían a base de sol. Entonces cuando había nortes se echaba a perder y le salían hongos. Él ponía la vainilla verde en cajones de madera y los ponía en los hornos”. Además “el abuelo inventó la forma de hacer extracto de vainilla que hasta la fecha tiene gran demanda nacional y extranjera”

Obviamente tales innovaciones técnicas y su reconocimiento forman parte del bagaje cultural del grupo y fuente de orgullo. Con igual detalle se recuerdan algunas otras contribuciones:

“Trajeron la planta de luz, el hielo. El tío puso la primera fábrica de soda. Antes de coca, pepsi, o jarritos. Sodas de colores. Tenía baños públicos. Los Capellini tenían tiendas como si fueran wall mart de todo vendían ahí. En los 50 se hizo la carretera. Se comunicaban por mulas hacia Papantla, porque los barcos entraban hasta el pueblo. Mi papá tenía barcos. No llegaban barcos de Nueva Orleans. Su papá tenía la ruta Tampico, Campeche. Eran de carga. El Libertad era uno de los barcos. Su papá sólo tenía un barco, su tío tenía dos.

Los descendientes de españoles recuerdan igualmente las contribuciones de algunos de sus ancestros. Por ejemplo Rafael Sandoval Gaya recuerda que sus ancestros españoles construían barcos en Gutiérrez Zamora.”

Aparentemente mucho del tráfico de mercancías a lo largo de la costa se hacía en barco, como lo ilustra el caso de los italianos de Gutiérrez Zamora quienes eran dueños de varios de ellos que atracaban en el río, en el pueblo. Cuál fuera la capacidad de tales barcos, la frecuencia y el monto de las mercancías que transportaban está por averiguarse. Jesús de la Sierra recuerda también que “Los papás de Nelo (Ballesteros) naufragaron una vez en un vaporcito de Nautla”. Historias asociadas con la vida marítima de estos pueblos han de abundar. Todavía hasta hace poco los chalanes (pangas o ferries) eran un medio importante para atravesar los grandes ríos. Todo esto desapareció con las carreteras y los modernos medios de comunicación.

Las comunicaciones más importantes y el transporte de mercancías han de haber sido pues marítimos y a través de recuas de mulas, algunas de ellas verdaderamente impresionantes como consta por algunos registros de viajeros. Por ejemplo el viajero anónimo narra que en Santa Fe, cerca de Xalapa “Vi una escena extraordinaria de vida y movimiento: el depósito de maquinaria era todavía más grande que en el Encero, y treinta vagones estaban siendo cargados. El lugar estaba abigarrado con ingleses, y parecía más bien una colonia inglesa que el pequeño pueblo que conocí dos años antes. Los dólares circulaban como peniques en Inglaterra”. (Anónimo, 1828: 241-242. La traducción es mía).

Estos viajeros traían estilos de vida que en gran medida se han amoldado a la forma de vida mexicana. Por ejemplo, tanto italianos como españoles han sufrido modificaciones en su manera de hablar. Los italianos más drásticamente. Por ejemplo, ninguno de ellos habla italiano en la actualidad. Reconocen que “se casaban entre ellos pero perdían la lengua y todo eso. Culturalmente per-

dían todo lo italiano, hasta la comida es mexicana”, fenómeno bien documentado en estudios de migración.

Los españoles no se vieron orillados a perder la lengua, pero sí a modificarla. Llama la atención la falta de emblemas identitarios en la colonia italiana. No hay recuerdo de que hayan traído santos, no recuerdan narraciones, rondas infantiles, canciones de cuna e incluso rezos.

Los españoles veneran una serie de santos algunos venidos de España y otros no. Por ejemplo la familia de la Sierra tiene “una imagen que probablemente la hayan traído de España o de Italia”. Y como ese ha de haber múltiples casos entre este tipo de migrantes.

Hay sin embargo elementos que sitúan a los individuos dentro de una tradición cultural, aunque no sean elementos que articulen grupos.

Identidad y sus símbolos

Aunque tanto italianos como españoles, especialmente los miembros de generaciones nacidas en México, reconocen no tener elementos identitarios que los distinguan como grupo: ni religión, ni lengua, ni identidad nacional ajena a la mexicana, todos son católicos, o cristianos al menos, todos hablan español y todos se sienten mexicanos. Sí hay, sin embargo, algunos aspectos de sus vidas que los hacen sentirse diferentes, además del orgullo de sentirse descendientes de italianos o de españoles, de reconocer algunos logros técnicos e innovaciones modernizadoras impulsadas por sus ancestros, o de reconocer los esfuerzos, algunos sobrehumanos, que asumieron al decidirse a emigrar, y las flaquezas o virtudes que mostraron al adaptarse a estas tierras nuevas. Algunos de estos están íntimamente relacionados con aspectos emocionales de difícil explicación pero que estructuran el espacio vivido y dan sentido a mucho de su vida social. Entre éstos sobresalen las evocaciones producidas por la gastronomía, el consumo de ciertos alimentos, especias y bebidas que en sí mismas son reminiscencias de otras tierras, de otros gustos, de otros apetitos. De igual manera los deportes, cuando los jugadores exhiben una serie de marcadores étnicos y nacionales en el ámbito internacional o local, entonces las lealtades se dividen y exigen una definición. Finalmente, la casa, la habitación, el sitio de los lugares de reunión, de descanso, alimentación y esparcimiento están altamente estructurados conforme a patrones culturales que escapan al control individual.

Gastronomía

Los italianos reconocen que sólo en ciertas ocasiones altamente rituales como navidad, año nuevo, bautizos o bodas cocinan algunos platillos italianos, “anteriormente se comía polenta, ñoquis, ravioles”. Ahora del diario comen como cualquier otro mexicano, tortillas, tacos, chiles. Obviamente el consumo de los platillos italianos va acompañado de una gran concentración de parientes, quienes, en primer lugar, aprecian estos platillos y a las personas que los preparan, haciendo lo que se hace en tales ocasiones: alabar a la cocinera, comparar los materiales con que se elaboraron y su calidad y evocar gustos por estos platillos sucedidos en otras ocasiones, o evocar momentos placenteros. Este momento ritual involucra pues a varias generaciones de participantes.

Al inquirir sobre recetas de cocina, algunas mujeres de la familia Gaya me aseguraron que tienen recetas similares pero

con algunas variaciones que se han conservado de familia en familia. La señora Isabel Gaya tuvo la gentileza de pasarme algunas de sus recetas que transcribo a continuación:

“Sopa de ñoquis

½ k de harina
3 huevos
½ k de papa rosada.

Se pone la harina y se le exprime la papa caliente se le agregan los huevos uno por uno y se revuelve la masa sin amasar, se hacen tiritas y se cortan en pedacitos chiquitos con un trinche se van resbalando las bolitas a que formen caracolitos. En caldo de pollo con su cebolla se ponen a cocer, y a la hora de servirlos ya cocidos se les pone el caldo queso parmesano rallado y una lata de chícharos y el hígado y mollejas picaditos. También se pueden hacer secos con su salsa de tomate y queso como los rabioles (sic).

Polenta

Se cuece la polenta en un litro de agua con un trocito de mantequilla y se le revuelve hasta que esté bien cocidita, después se van poniendo capitas con su salsa y queso en un refractario, la salsa con sus aceitunas y alcaparras y el tomate asado con cebolla y ajo.

Rabioles (sic)

Relleno
500 gramos de carne de cerdo
½ kilo de col hervida y escurrida
1 lata de jamón del diablo
200 gramos de jamón serrano picadito
3 huevos crudos
1 rollo de perejil picadito y se revuelve todo con la carne pimienta y sal al gusto.

Pasta para los rabioles.

1 ½ k de harina
2 huevos enteros y una yema.
3 cucharadas de aceite de olivo
Agua y sal para juntar la harina y se deja reposar por un rato.
Se extiende la masa hasta adelgazarla y en medio se le van poniendo las bolitas de carne, se tapan y se le va haciendo con un tenedor alrededor para que no se salga la carne y se ponen a hervir, ya una vez cocidos se preparan con su salsa de tomate y queso parmesano o de bola”.

La transcripción de las recetas deja ver una serie de presupuestos culturales compartidos por los italianos y, en la actualidad, por muchos mexicanos. La “polenta se cuece” nos dice en la primera receta doña Isabel, asumiendo que todos estamos enterados de lo que es la polenta. De igual manera los ingredientes, de fácil adquisición en la actualidad, nos remiten a un mercado de productos europeos ya desarrollados para el tiempo del arribo de los italianos: harina, aceite de olivo, aceitunas, alcaparras, jamón serrano, queso parmesano. Afortunadamente, para los italianos, muchos de los ingredientes empleados por ellos son comunes en el mediterráneo europeo, lo que facilitó, con mucho, la persistencia de ciertos hábitos alimenticios, y ayudó a que se generalizaran entre el resto de la población.

Estos saberes compartidos implican también un gusto de conocedores, por los que se puede juzgar las virtudes y aciertos de una receta sobre otra, y la mano o sazón de quien elabora estos alimentos. Al consumirlos pues, se evocan y reviven momentos y eventos sociales que configuran, aunque sea momentáneamente a un grupo que se identifica con tales gustos y saberes.

Entre los españoles se conservaron mucho más las costumbres culinarias europeas no sólo entre ellos sino entre el pueblo mexicano en general. Hay toda una tradición de producción de embutidos, carnes frías, cocina a base de mariscos, carne, pollo, etcétera, en cuya elaboración se emplea aceite de oliva, manteca, harina, todos productos europeos, además de propensidades personales por la cocina.

En la casa de los Gaya su “papá le echaba vino a la sopa aguada”. Tomaban la sangría que les hacía su papá. Vino tinto con agua, fruta y azúcar, era común, ya no. Los italianos importaban vino de Italia para vendérselo entre ellos. El bisabuelo hacía vino de uvas que se daban en la región, eran unas uvas pequeñas negras. Tenían lagares en donde exprimían las uvas con los pies. Elaboraban también jerez con trocitos de carne y vino. Trajeron viñedos pero no se les dio.

Fútbol

Entre aquellos elementos que llaman la atención como identificadores identitarios están los torneos internacionales y locales de fútbol. Por diversas circunstancias los italianos y españoles se ven constreñidos a crear alianzas, demostrar solida-

ridad e identificarse con y a través de los jugadores involucrados en los torneos.

En las competencias internacionales, particularmente cuando juegan Italia y España se hace una gran reunión de parientes en donde se comen los platillos tradicionales y se encienden las pasiones apoyando a uno u otro equipo dependiendo de la filiación étnica, por muy volátil, etérea y momentánea que sea, se establecen lazos de lealtad con los equipos involucrados y se forman o se reafirman o se configuran grupos que los apoyan.

A nivel local sucede un fenómeno similar, pero con un mayor involucramiento. En cierta ocasión decidieron algunos padres de familia hacer un torneo formado por un equipo de españoles que jugaría con otro conformado por italianos. Todo parecía ser lógico habida cuenta de la composición étnica del pueblo. Los problemas se presentaron cuando los miembros de los equipos eran de padre español y madre italiana o viceversa. En ese momento empezaron las disputas entre esposos acerca del equipo del que deberían formar parte. Algunos exigían una afiliación a uno solo, otros pedían que los jugadores formaran parte de uno u otro equipo sólo por medio tiempo. En este momento se activaron lazos de solidaridad ordinariamente latentes en que se enfrentaban identidades y lealtades. Según una versión se tuvieron que suspender estos torneos, mientras que otros consideran que no se han dado las condiciones para que continúen.

Esta necesidad de identificarse con la nación de los jugadores sólo se manifiesta cuando los torneos son de índole internacional o local, en las condiciones arriba expuestas. En cualquier otra circunstancia los amigos se juntan a ver los torneos nacionales, o juegos locales que no implican identificadores étnicos como los uniformes o los colores nacionales, sin que las lealtades al equipo impliquen una identificación con los colores nacionales. Cuando se da este caso, se reactivan otros marcadores de identidad como el consumo de alimentos empleados solamente en ocasiones rituales cuando los rabioles, ñoquis o polenta son los platillos preferidos.

La casa

Un último elemento de identidad del cual sólo puedo hacer unas breves y superficiales observaciones es el relativo a la negociación entre lo público y lo privado en las casas españolas e italianas que co-

nozco. En primer lugar, tanto unos como otros, debido a los rubros económicos en que se vieron envueltos, se vieron en la necesidad de adecuar el espacio en donde habitan para satisfacer sus necesidades domésticas y rubros comerciales.

Con excepción del rancho, el sitio casi ubicuo de españoles e italianos, en donde hay una casa separada del resto de otras instalaciones como, ordeña, macheros, bodegas, cuartos de vaqueros, en las otras casas se combinan actividades públicas con actividades privadas.

Por ejemplo, los de la Sierra, en Teziutlán, tienen una casa que data del siglo XIX. Ésta se encuentra adaptada ahora a las necesidades actuales, aunque conservando la planta de la casa original. Está formada por una construcción con dos patios a los que se accede por un solo portón ancho. Este portón era la vía de acceso de carretas o recuas de mulas cargadas de mercancías. En el primer patio hay una serie de cuartos alrededor de un patio central, ahora con una fuente de piedra. Algunos de estos cuartos servían de depósito de mercancías mientras que los que daban a la calle se dedicaban al comercio. En un segundo piso de este patio se encontraban las habitaciones: dormitorios, sala, todos seguidos uno de otro con acceso a través de puertas que los comunicaban, y también por medio de un corredor que los unía a todos. Ahí se encontraban también la cocina, el salón de costura y la alacena. En la actualidad hay una capilla familiar en la planta baja que debió de haberse encontrado en la parte alta en otros tiempos.

En este espacio la parte baja de la casa se dedicaba a aquellas actividades en que los dueños ejercían sus actividades comerciales, y la parte alta se reservaba para la familia, o asuntos más privados de la familia. Tal vez la política y el cabildeo se hiciera en otros lugares, o no hubiera un lugar específico doméstico para ello. En el segundo patio se encontraban los macheros para las mulas, diversas bodegas y un horno de pan. Este arreglo doméstico permitía pues la atención de asuntos domésticos y comerciales sin mezclarlos, pero permitiendo la constante vigilancia sobre unos y otros.

Los italianos dedicados a la vainilla, todavía hasta mediados del siglo pasado tenían otros arreglos domésticos. En un solar amplio se encontraba el beneficio de la vainilla y la casa habitación. La

casa y sus cuartos se adosaban sobre un costado del terreno dejando libre el resto para los espacios de secado y procesado de la vainilla. En estas casas tendían, los miembros de familias numerosas, a vivir varios de ellos en cada cuarto. Así varios hermanos podían compartir una recámara y no había salón de costura, ni alacena, ni capilla. Había un portón, pero no necesariamente amplio para la recepción de la vainilla, pues ésta no llegaba en carretas, sino que los productores la traían en pequeñas cantidades pero con cierta frecuencia, había personal de la casa para recibir tales porciones de vainilla, pero no provisiones para mulas, macheros, u otros anexos para recibir a personal que no fuera de la casa, con excepción de algún empleado de extrema confianza. Este arreglo permitía que los niños desde temprana edad se involucraran y tomaran parte en las actividades comerciales de sus padres, ayudando en el procesamiento de la vainilla. Había provisiones para recibir a los hijos casados, a quienes se les adjudicaban diferentes secciones habitables de la casa, también llama la atención que a pesar del hacinamiento de miembros en algunos casos, se conservara una división entre las recámaras de hombres y las de mujeres.

Es extremadamente peculiar el trazo de la casa del Cristo. Un gran rectángulo con dos plantas, en medio de un potrero, con una terraza amplia con asadores y una bomba de agua manual adquirida de algún barco alemán. Un balcón en el segundo piso, corrido a todo lo largo del frente y uno igual en la parte posterior de la casa. En la planta baja hay una cocina, sin fogón pero con una plancha de mármol en donde, a decir de la encargada, se colocaba una especie de anafre sobre el que se cocinaba, en seguida está una pequeña mesa de comedor y una escalera que conduce a la segunda planta, después del comedor, dos recámaras y al fondo un baño.

En la planta alta después del rellano de la escalera siguen dos recámaras y un baño al final. Como se notará no hay sala o no había sala, ni salón de costura, ni capilla. Según la encargada, en cierto momento vivían, en la planta baja, el papá y sus hijos hombres y en la planta alta la mamá y sus hijas. Si tal arreglo fue cierto alguna vez, induce a cuestionarse no sólo sobre el uso del espacio y su división entre privado y público, sino a preguntarse sobre la intimidad de los esposos y una ulterior división del espacio privado: el de los hombres y el de las mujeres. En todos

los casos, ya sea la seclusión de las mujeres en la parte alta, o espacios reservados para hombres y mujeres, el costurero, capilla, cocina y alacena eran espacios domésticos preferentemente femeninos, altamente guardados, protegidos y separados de las actividades comerciales o públicas.

Esto de ninguna manera quiere decir que la división de los espacios impidiera la ingerencia de las mujeres en esferas comerciales o productivas. Es de llamar la atención la percepción que se tiene de la fortaleza de algunas matronas antiguas españolas o italianas, quienes, a base de producir hijos, y proteger los bienes familiares, contribuyeron de manera notable al incremento de la hacienda de sus esposos. O como en el caso de aquella matrona italiana, que salía en la noche, después de terminar sus labores domésticas, a cosechar, para suplir la indolencia de su esposo.

En la actualidad tanto en la casa de Teziutlán, como en los beneficios de vainilla se ha disociado la casa habitación del giro comercial. Por ejemplo, la parte correspondiente al primer patio de la casa de los de la Sierra en Teziutlán está convertida en oficinas y tiendas, una cocina en la planta baja, en donde se preparan banquetes que se sirven en el patio principal, mientras que el segundo patio esta prácticamente abandonado. La antigua casa de los Gaya en Gutiérrez Zamora es ahora un moderno beneficio de vainilla, y oficinas. Existe un segundo solar para el secado de la vainilla, todo separado de la casa-habitación de los dueños. Sólo en el caso de los comercios se conserva todavía, de manera generalizada, la tienda abajo con sus bodegas y el espacio habitable arriba. Y ahora, como antes, las mujeres juegan un papel notable tanto en la vida privada como pública, en muchos casos, en el desempeño de actividades comerciales y empresariales.

Emisarios de la modernidad

Por alguna razón, personas acostumbradas a una vida rural, simple y pobre en Italia y probablemente en Francia, fueron investidas por el Supremo Gobierno de la Nación para ser las que promovieran la modernidad en nuestro país. Llama la atención que nunca se pensara en labriegos españoles para alcanzar tales metas a pesar del continuo flujo de peninsulares durante siglos. Sea como fuere, tal empresa hubiera sido imposible, incluso para personas mejor preparadas, habida

cuenta de las intenciones de un gobierno interesado en cambios económicos pero no políticos. Algunos de los migrantes notaron tal incongruencia y, a pesar de que el gobierno prefería, precisamente, gente rústica sin pretensiones políticas para modernizar el campo mexicano, y a pesar de haber sido olvidados durante varios decenios por el mismo gobierno que los incitó a emigrar a este país, pronto se vieron involucrados en la política, tal vez siguiendo el ejemplo de los españoles, quienes durante centurias habían estado siempre presentes en la vida política nacional, un medio seguro de obtener influencia, poder y riqueza. Ya para 1886 tan sólo nueve años después de que Gutiérrez Zamora se convirtiera en municipio y a 29 años de que llegaran los primeros inmigrantes, los italianos ya incursionaban en la política local. En este año un Capitanachi era juez auxiliar especial del Registro Civil y, en 1891, un Montessoro nacido en Italia era alcalde de esta ciudad. En la lista de alcaldes que presenta Chagoya, el poder local recae en italianos, españoles y mestizos (Chagoya, 1999: 71-73).

Es difícil imaginar en qué medida los primeros emigrantes se vieron como emisarios de la modernidad, siendo dudoso que ellos mismos estuvieran modernizados según los estándares de producción rural de otros países europeos como Inglaterra, Austria, o Francia. Es creíble más bien, que una vez asentados y habiendo logrado sobrevivir, hayan adoptado el punto de vista propio más que de sus predecesores españoles, de buscar los medios necesarios para asegurarse una posición de poder e influencia en la región. Para poder cumplir con su cometido pues, la política se antojaba, tal vez como un buen camino, de igual manera, el acaparamiento de tierras comunales recién liberadas como efecto de las leyes de desamortización, y, finalmente el control de ciertos rubros comerciales sobresaliendo la vainilla. El éxito en acaparar tierras y alto perfil que adquirieran algunos en la región los hicieron verse envueltos en la vorágine de violencia regional que afectara igualmente a indígenas que a inmigrantes. La rapacidad de algunos miembros de la familia de los Ávila Camacho se cobró algunas víctimas de entre los italianos, y de igual manera salieron consortes para esa familia de entre los miembros femeninos de tales inmigrantes.

En la actualidad, las crisis económicas nacionales han afectado de una u otra forma a las comunidades españolas, italianas y probablemente a las francesas también, como a todo el resto de los mexicanos, con excepción de algunos individuos y familias que han logrado sortear tales vicisitudes incrustándose en las estructuras económicas y políticas nacionales. El resto se ven afectados por la migración, el desempleo, aunque probablemente con elementos más adecuados de educación, contactos y posibilidades de viajar. Algunos italianos o españoles se encuentran trabajando ahora en Estados Unidos.

El sueño de que los inmigrantes italianos y franceses convirtieran el campo mexicano, con su sola presencia, en un emporio de riqueza y afluencia, de ninguna manera se realizó, y es dudoso que ningún grupo de migrantes, por muy preparados que estuvieran, pudieran acometer una empresa de tal envergadura. Lo que sí lograron con su sola presencia, fue contribuir a la configuración de un país multicultural, a enriquecer el patrimonio cultural de esta nación y, con toda certeza, a contribuir con su industriosidad a la prosperidad nacional.

Bibliografía

Anónimo, A sketch of the Customs and Society of Mexico in a series of familiar letters and a journal of travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826. London, Published by Longman and Co., Paternoster-Row, 1828.

Beaufoy, Mark, 1828. Mexican Illustrations founded upon facts; indicative of the present condition of Society, manners, religion and morals, among the Spanish and Native Inhabitants of Mexico with observations upon the Government and Resources of the Republic of Mexico as they appeared during part of the years 1825, 1826 and 1827 interspersed with occasional remarks upon the climate, produce and antiquities of the Country, mode of working the mines, etcetera, By Mark Beaufoy, late of the Coldstream Guards, London, Carpenter and Son, Old Bond Street, 1828.

Beltrami, Giacomo Constantino, Le Mexique, Chevot, Rue du Bac, no. 2 Delauney, Libraire, París, 1830.

Chagoya, Cárcamo, Fernando, Retablos de mi Pueblo de Cuauhtlan a Gutiérrez Zamora, México, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz-Llave, 1999.

Lyon, G. F., Journal of a Residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826 with some account of the mines of that country, Dos volúmenes, Londres John Murray, Albermale Street, 1828.

Mack Smith, Denis, 1968. The making of Italy, 1796-1866. Selected documents, Edited by Denis Mack Smith, McMillan, London-Melbourne, 1968.

Mansion, Hyppolite, Précis Historique sur la colone Française au Goazacoalcos (Mexique), Imprimerie de Davidson et Fils, Londres, 1831.

Rosoli, Gianfausto, "La Popolazioni di origine italiana oltreoceano", Centro Studi Emigrazione, Roma, 2201. http://www.fga.it/altreitalia/2_saggi.htm

Sánchez Hernández, Pascual e Izquierdo Vázquez Sotero, Monografía del Municipio de Gutiérrez Zamora, Veracruz, Trabajo elaborado por la Comisión Cultural, 1974.

Skerrit Gardner, David, *Colonos franceses y modernización en el Golfo de México. Historias Veracruzanas*, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México, 1995.

Vetch, Captain, "On the Monuments and Relics of the Ancient Inhabitants of New Spain", Communicated by Captain Vetch, Royal Engineers, F. R. X. - Read Nov. 28 1836, Papers read before the Royal Geographical Society, The journal of the Royal Geographical Society, Volume the Seventh, London, 1837, pp. 1-11.

Zilli Manica, José B., Italianos en México, Ediciones San José, Xalapa, Veracruz, México, 1981.